

Fallecimiento de Carlos Maldonado

Martín Faunes Amigo

Hay muchas cosas que se pueden decir de una persona tan amplia, buena e inteligente como era Carlos, una persona querida por todos, amigo de todos. Un hombre bueno e inteligente que compartió con nosotros en una época que fue beneficiosa y feliz para todos nosotros los que trabajábamos con él en la IBM en Agustinas 1235 y Providencia 655. Carlos resolvió entonces muchos problemas que ni siquiera eran de su especialidad porque para eso contaba con una cabeza analítica de proporciones extraordinarias. Le bastaban unas cuantas preguntas a quien intentaba resolver el problema para dilucidarlo y quedara resuelto.

Podríamos decir muchas cosas como estas, buenas cosas todas, aclarando que con seguridad serían situaciones y características que probablemente podrían decirse también para muchas personas que como a Carlos se las podría reconocer como de ideas amplias y buenas, personas inteligentes y queridas. Sin embargo siempre habrá algunas que los podrán distinguir para así con ellas reconocerlos entre quienes convivieron y trabajaron con ellos en algún ámbito en particular, y ellos los recordarán reconociéndolos en esas particularidades y en sus acciones y características muy de ellos sintiéndolos de nuevo en el corazón, porque el verbo recordar que viene del latín significa eso mismo “volver a sentir en el corazón”.

Para Carlos por ejemplo, era importante el ajedrez, en eso era bueno, realmente bueno. Carlos podía jugar ajedrez incluso sin tablero como lo hacen sólo los grandes maestros. No obstante, tal vez más que el ajedrez curiosamente le gustaba más el pool, cuestión paradójica, porque si para el ajedrez era un as, para el pool era malo, muy malo, pésimo. Tal vez le gustaban más los billares justamente por la posibilidad que ahí se tiene de conocer más a la gente, crear mejores lazos. En el ajedrez los contrincantes juegan mudos y con extrema concentración. Por el contrario, el pool se juega conversando, se juega entre amigos que en esas largas partidas aquellas conversaciones los convierten en más amigos.

No cabe duda que ésa era la razón por la que Carlos prefería el pool a pesar de no jugarlo bien, porque repito, era malo, sin embargo contaba con una suerte extraordinaria. Él tomaba nomás el taco, así como lo toman los neófitos y mandaba un palo que por obra y gracia de algún compadeciente espíritu santo, echaba al saco a las bolas más valiosas, situación que obviamente picaba a los contrincantes, sobre todo a aquellos que realmente sabían jugar y eran los realmente buenos, porque a nadie le gusta que le ganen por chiripa. Y Carlos así les ganaba, en base a suerte y chiripa y merecía por lo tanto un castigo. Se concertaban por eso en un contubernio malicioso para lograr que a pesar de la suerte él perdiera, y quedara en castigo. El castigo consistía en que el que perdía, en el partido siguiente quedaba afuera, porque eran muchos y las mesas de pool sólo una.

Contrario entonces al espíritu del juego, donde se trata de echar bolas, se concentraban en dejarle pillos insalvables, de tal modo que ni la suerte les permitiera sacárselos. Eso hacían y Carlos imposibilitado de dar su palo de la suerte, perdía y debía quedarse ahí sentado con el taco en la mano esperando por si quisieran perdonarlo. Y claro, lo perdonaban. Cómo no lo iban a perdonar si había quedado afuera por un contubernio más que malicioso, y además todos querían a Carlos y más que molestarles su suerte, la verdad era que se la envidiaban.

Carlos Maldonado, amigo querido, te has marchado y no te olvidaremos. Ojalá tu partida sirva para que los que no dejaremos de recordarte estemos todavía más unidos.

Febrero de 2019